

Himnos homéricos

Homero

-700 · *Poema*

LITERATURA.AR

ÍNDICE

Himno I — A Dioniso

Himno II — A Deméter

Himno III — A Apolo

Himno IV — A Hermes

Himno V — A Afrodita

Himno VI — A Afrodita (breve)

Himno VII — A Dioniso

Himno VIII — A Ares

Himno XIX — A Pan

Himno XXXIII — A los Dioscuros

Himno I — A Dioniso

Unos dicen que en Dracano, otros que en la ventosa Icaro, o en Naxos, ¡oh retoño de Zeus!, o junto al río de profundas corrientes, el Alfeo, que la preñada Sémele te parió a Zeus que goza de los rayos; otros dicen que en Tebas, ¡oh señor!, pero todos mienten: el padre de los hombres y de los dioses te engendró muy lejos de los hombres, ocultándolo a la blanca Hera.

Hay una montaña muy florida llamada Nisa, lejos de Fenicia, próxima a las corrientes del Egipto...

En cuanto a ti, ¡ínclito Dioniso!, te saludan muchos cantos de hombres.

A mí no me es posible cantarte todo desde el principio; pero recordaré los comienzos de tu nacimiento y los honores que tienes.

Salve, hijo de la hermosa Sémele. El que te olvida no podría tejer un dulce canto.

Himno II — A Deméter

A Deméter, de hermosa cabellera, veneranda diosa, comienzo a cantar; a ella y a su hija de anchos tobillos, que fue raptada por Aidoneo —por concesión del tonante largovidente Zeus y a hurto de Deméter, la de áurea hoz y espléndidos frutos— mientras jugaba con las hijas del Océano, las de profunda cintura, y cogía flores en un blando prado: rosas, azafrán y hermosas violetas, lirios, jacintos y el narciso, que la Tierra hizo florecer como una trampa para la doncella de rostro de flor, por designio de Zeus y para obsequio al que acoge a muchos. Era una flor maravillosa que causaba admiración a cuantos la contemplaban, inmortales dioses y mortales hombres; de su raíz brotaron cien cabezas, y su perfume era delicioso, y el vasto cielo arriba, y la tierra toda, y el salado oleaje del mar se alegraron al sonreír.

La doncella quedó deslumbrada, y extendió ambas manos para coger la bella flor. Entonces la tierra de anchos caminos se abrió en la llanura de Nisa, y surgió de ella el que acoge a muchos, el hijo de Cronos de muchos nombres, con sus caballos inmortales. La raptó contra su voluntad sobre su carro de oro, entre llantos; ella gritó con aguda voz invocando al padre Cronión, el más excelso y el mejor. Pero ninguno de los inmortales ni de los hombres mortales oyó su voz, ni tampoco los olivos de brillantes frutos; tan solo la hija de Perses, Hécate, de la fúlgida diadema, oyó desde su antro el grito de la doncella, y el soberano Helios, el hijo de Hiperión, escuchó a la doncella que invocaba al padre Cronión; pero él estaba sentado lejos de los dioses en el templo cargado de votos de los hombres que ruegan, y escuchaba sus súplicas.

A ella la llevaba consigo, contra su voluntad, el hermano de su padre en su carro de oro, el que es soberano sobre muchos. Mientras contemplaba la tierra y el estrellado cielo y el mar de fuertes corrientes cargado de peces, y los rayos del sol, y aún esperaba volver a ver a su amada madre y a las tribus de los dioses

eternos, mientras aquella esperanza llenó su mente y a pesar del dolor latía la esperanza en su grande corazón, los cumbres de los montes y la profundidad del ponto resonaron con su voz inmortal, y la oyó la augusta madre.

Agudo dolor se apoderó de ella, y la tristeza desgarró su corazón. Con sus manos se desgarró la diadema sobre su divina cabellera, y echó sobre sus hombros un velo oscuro cual la noche, y se lanzó como un pájaro sobre el suelo firme y sobre el agitado ponto, buscando a su hija. Mas nadie quiso decirle la verdad, ni dioses ni hombres mortales, ni tampoco los pájaros como mensajeros veraces.

Nueve días vago por la tierra la soberana Deméter, portando en sus manos llameantes antorchas; nunca, durante su dolor, probó el ambrosía ni la dulce bebida del néctar, ni lavó su cuerpo. Pero cuando por fin el radiante Helios llegó a ella —el décimo día— y le dijo el nombre del raptor, le llenó de amargura el corazón y una gran ira se apoderó de su espíritu.

Luego, resentida con el Cronión de las nubes oscuras, se apartó del consejo de los dioses y del vasto Olimpo, y por las ciudades de los hombres y sus fértiles labrantíos anduvo disimulando su aspecto por largo tiempo. Nadie de los hombres ni de las diosas de largo manto la reconoció mientras no llegó a la casa del discreto Céleo, que a la sazón reinaba en Eleusis olorosa de incienso. Se sentó junto al camino, afligida en su corazón, junto a la fuente Partenio, de donde solían sacar agua los ciudadanos, sombreado de un olivo, pareciéndose a una anciana muy vieja que ya no puede parir, ni recibe los dones de Afrodita, que es la que ama las guirnaldas, cual suelen ser las nodrizas de los hijos de reyes dispensadores de justicia y las guardianas de las casas sonoras.

La vieron las hijas del activo Céleo, que iba a buscar agua fácil de sacar para llevarla en cántaros de bronce a la amada casa de su padre; eran cuatro, semejantes a diosas en la flor de la edad: Calídice, Clesídice, Demo la hermosa y Calitoe, que era la mayor de todas.

No la reconocieron, pues los dioses son difíciles de ver para los mortales, y deteniéndose junto a ella le dijeron:

—¿Quién eres y de dónde, anciana, entre las antiguas? ¿Por qué te has apartado de la ciudad y no te has acercado a las casas? Allí, en los umbrosos aposentos, hay mujeres de tu edad y también las más jóvenes, que te recibirían con amabilidad en palabras y en hechos.

Así habló; y la venerable diosa respondió:

—Queridas hijas, quienquiera que seáis, os saludo. Os contaré, pues es conveniente que os informe con verdad. Me llaman Deo; pues así fue llamada mi gloriosa madre. Pero ahora he llegado desde Creta sobre el vasto dorso del ponto, sin querer, a la fuerza, pues marineros robadores me llevaron contra mi voluntad. Luego ellos con su velera nave llegaron a Torico, y fue allí donde las mujeres desembarcaron en tropel y los hombres también pusieron la cena junto a las amarras de la nave; pero mi corazón no tenía apetito para la cena, y escapándome furtivamente a través de la oscura tierra vine hasta aquí, ignorante de ella y sin saber lo que hay en esta tierra. Mas os suplico que tengáis piedad de mí y me indiquéis la casa de alguien, hombre o mujer, para ir a servirle con todo el deseo de ser útil, y así podría quizás, con el fruto de mi trabajo, cuidar al hijo recién nacido de algún varón, y guardar bien la casa. Le respondió Calídice, la más hermosa entre las hijas del rey Céleo:

—Madre, aunque tediosas, soportamos los dones que los dioses nos envían, pues son más poderosos. Todo esto te lo dejo bien claro. Los hombres que aquí ejercen el poder y tienen la supremacía en la ciudad son los siguientes: Troptólemo, el de bellas guirnaldas, Diocles y Polixeino y el irreprochable Eumolpo y Dólipo y nuestro padre que manda sobre todos. Sus esposas administran todas las casas, y ninguna de ellas, cuando te vea, te despedirá de las puertas por primera impresión de tu aspecto, sino que te recibirán, pues en verdad tienes aspecto divino. Si quieres, espera que vayamos a casa de nuestro padre y lo digamos a Metanira, nuestra madre de largo manto, para ver si ella

te llama a nuestra casa antes de que vayas a la de otro. Pues tiene en la sala con buenas aberturas un hijo tierno, nacido tardíamente, deseado ardientemente y muy amado. Si lo crías y llega a la pubertad, cualquier mujer que te vea te tendría envidia; tal es la recompensa que te daría por su crianza.

Así dijo; y la diosa asintió con la cabeza. Luego las doncellas llenaron sus hermosas vasijas de brillante agua y las llevaron con júbilo a la gran casa de su padre. Y rápidamente le contaron a su madre lo que habían visto y oído. Y ella con presteza las envió a buscarla a buen salario. Y ellas como ciervos o terneras en la estación de la primavera brincan por el prado hartadas de pasto, así las doncellas cogidas las puntas de sus hermosos mantos corrieron por el camino lleno de surcos; sus cabellos flotaban en la espalda cual flores de azafrán.

Hallaron a la gloriosa diosa al borde del camino donde la habían dejado, y la condujeron a la casa de su amado padre; ella detrás de ellas andaba entristecida su corazón, cubierta con un velo y con su negro manto flotante en torno a sus esbeltos pies de diosa.

Llegaron pronto a la casa de Céleo, de Zeus querido, y encontraron a la madre sentada junto a una columna de la sala muy bien techada, teniendo a su hijo en el regazo, tierno retoño. Las doncellas corrieron hacia ella. La diosa pisó el umbral y con su cabeza tocó la viga y llenó el dintel de luz divina. A Metanira la cogió el asombro, el respeto y el pálido terror; le cedió su asiento y la invitó a sentarse. Pero Deméter, dispensadora de frutos y espléndidos dones, no quiso sentarse en el espléndido asiento, sino que esperó en silencio con sus hermosos ojos bajos hasta que Yambe, la prudente, le puso un sólido taburete y encima echó un vellón blanco. Allí se sentó y con sus manos ante su faz se sostuvo el velo. Y durante mucho tiempo estuvo sentada en el taburete silenciosa y triste, sin llegar con la palabra ni con el gesto a nadie; impasible y sin reír, sin probar comida ni bebida, corroída de añoranza de su hija, la de profunda cintura. Hasta que Yambe, la prudente, con chanzas y burlas muchas hizo sonreír a la sacra diosa y reír y alegrarse el corazón; y luego también le alegró el ánimo. Y

a ella le fue grato también después. Le dio Metanira una copa llena de dulce vino; pero ella la rehusó diciendo que no le era lícito beber el vino tinto; y le pidió en cambio que le diera a beber harina mezclada con agua y tierna menta. Ella preparó el cícón y lo dio a la diosa, como lo pedía. Y la gran Deméter lo aceptó en aras de la sagrada costumbre.

Entonces entre ellas habló Metanira de hermoso peplo:

—Salve, mujer, pues pienso que no eres de baja cuna sino de ilustre origen; en tus ojos se advierten la decencia y el favor, como en los ojos de los reyes que administran la justicia. Pero es necesario soportar lo que los dioses otorgan aunque sea triste; pues el yugo pesa sobre la cerviz. Ahora, sin embargo, que has llegado aquí, lo que tengo tuyo es. Cría este mi hijo, que los inmortales me concedieron ya tarde y más allá de mis deseos. Si le criases y llegara a la pubertad, cualquier mujer que te vea te tendría envidia; tal sería la recompensa que te daría por su crianza.

Le respondió la Deméter de hermosa corona:

—Salve a ti también, mujer, y que los dioses te concedan bienes. Gustosa recibiré el niño como me pides. Lo criaré y espero que no le dañe ningún encantamiento ni ningún mal de yerbas, pues sé un remedio más poderoso que el leñador, y me enorgullezco de conocer un eficaz preservativo contra los males enojosos.

Así dijo, y en sus brazos inmortales recibió al niño, estrechándolo sobre su perfumado seno; y su madre se alegró en el corazón. Y así criaba en el palacio al ilustre hijo de Céleo inteligente, que era Demofonte, al que parió Metanira la de hermoso peplo; y él crecía como un dios, sin comer nada ni mamar; pues Deméter lo untaba con ambrosía como si fuera vástago de los dioses, y con su hálito divino lo revivificaba teniendo en el regazo. Y de noche lo escondía como un tizón entre el fuego ardiente, sin saberlo sus padres. Aquello era gran maravilla para ellos al ver cuánto crecía y se hacía semejante a los dioses en el aspecto. Y lo hubiera hecho inmortal e inafecto a la vejez, si Metanira

la de hermoso peplo, en su insensato proceder, no lo hubiese visto de noche espiando desde su olorosa alcoba. Dio un grito y golpeó sus dos muslos, asustada por su hijo, con el corazón afligido, y exclamó en el pensamiento estas palabras:

—¡Demofonte, hijo mío!, la forastera te esconde en el gran fuego, causándome a mí lloro y amargo dolor.

Así habló gimiendo; y la escuchó la veneranda diosa. Indignada contra ella, Deméter de hermosa corona tomó de entre el fuego al amado hijo al que ella pariera inesperadamente en el palacio, y lo dejó en el suelo, apartado del fuego, con su corazón muy airado; y al mismo tiempo habló a la bien ceñida Metanira:

—¡Oh ignorante de los hombres, incapaz de prever ni el bien ni el mal! Sépase que el juramento de los dioses, el Estigio, me sirvió de testigo que te haría inmortal a tu hijo y libre eternamente de vejez, y lo haría grato a los dioses para siempre. Pero ahora ya no es posible que quede libre de la muerte y del destino. No obstante, tendrá un honor imperecedero, pues crié sobre mis rodillas y dormí con él; cuando en las anuales fiestas los hijos de los eleusinos celebren batallas y alaridos el uno junto al otro, siempre le recordarán. Yo soy Deméter honrada, la que más utilidad y gozo procura a los inmortales y a los mortales. Pero, ea, que todo el pueblo me construya un gran templo y su altar debajo, bajo los bastiones de la ciudad, sobre la saliente roca, encima de la fuente Calícoro; yo misma os estableceré los ritos para que en lo sucesivo celebréis sacrificios y me aplaquéis.

Habiendo dicho esto, la diosa cambió su talla y su aspecto, sacudiéndose la vejez, y difundió la belleza en torno; del perfumado peplo se esparció un perfume delicioso, la luz brilló desde el cuerpo inmortal de la diosa, sus rubios cabellos cayeron sobre sus hombros, y el sólido palacio quedó lleno de resplandor como de un relámpago. Ella se fue por el palacio; y al punto

las rodillas de Metanira se doblaron, y durante largo rato quedó sin voz; ni siquiera pensó en recoger a su primogénito del suelo.

Sus hermanas oyeron el llanto del niño y saltaron de sus camas bien cubiertas; una de ellas tomó al niño con sus brazos y lo puso en su seno; otra avivó el fuego; otra se apresuró con sus tiernos pies a despertar y hacer salir a la madre de la perfumada alcoba. Llegando en tropel, lo lavaron y lo abrazaron con cariño; pero el corazón de éste no se calmaba, pues le tenían unas nodrizas y una ama muy inferiores.

Toda la noche se pasaron apaciguando a la gloriosa diosa, muy temblorosas de miedo. Cuando despuntó la aurora de radiantes velas, dijeron la verdad al poderoso Céleo, como se lo mandara Deméter de hermosa corona. Inmediatamente convocó Céleo a la multitud del pueblo en asamblea y ordenó que construyesen un rico templo a Deméter de hermosa cabellera y su altar en la saliente roca. Cuando llegó Triptólemo y los carpinteros de caballos y Eumolpo y Diocles, famosos por su fuerza, llevaron a cabo la obra, y el templo floreció según sus mandatos. Cuando ya terminaron y cesaron de trabajar, se fueron cada uno a su casa; y la rubia Deméter, allí sentada lejos de todos los bienaventurados dioses, se consumía lamentando a su hija de profunda cintura.

Indujo una fertilísima tierra al año más terrible y cruel para los hombres, ya que no nacía ninguna semilla, pues la Deméter de hermosa corona la ocultaba. En vano tiraban los bueyes muchos corvos arados por los campos; en vano caía en tierra el blanco cereal. Con las hambrientas desgracias habría destruido a toda la raza de los hombres de articulada voz, y habría privado a los que habitan en el Olimpo de la gloriosa honra de las ofrendas y sacrificios, si Zeus no lo hubiera advertido y reflexionado en su espíritu.

Primero envió a Iris de áureas alas para invitar a Deméter de hermosa cabellera. Así le dijo: ella se apuró, cruzó el trecho de entre el cielo y la tierra,

llegó a Eleusis olorosa de incienso y encontró en el templo a la Deméter oscura ropas. Hablándole le dijo estas aladas palabras:

—Deméter, el padre Zeus de inmortal saber te llama a volver entre las tribus de los eternos dioses. Ven, pues, no quede sin cumplir el mensaje de Zeus.

Así le dijo; mas su corazón no se convenció. Luego el padre envió consecutivamente a todos los bienaventurados dioses eternos; ellos llegando alternadamente la exhortaban e instaban a ir. Sin embargo, a ninguno se dignó escuchar su corazón, y su espíritu rechazaba sus palabras; decía que nunca más hollaría el oloroso Olimpo ni dejaría brotar el fruto de la tierra mientras no viese con sus ojos a su hija de hermosa faz.

Cuando el muy tronante largovidente Zeus lo oyó, envió al Argifonte de varilla de oro al Érebo para que, persuadiéndola con sus tiernas palabras, la condujese del tenebroso sitio entre los dioses. Hermes no desobedeció y al punto bajó bajo las cavidades de la tierra, dejando la sede del Olimpo.

Encontró al señor en su palacio sentado en el lecho con su respetable consorte, que pensaba muchas cosas en su ánimo por añoranza de su madre; ella a su vez se consumía de la insistente nostalgia hacia la amorosa madre, lejos de los bienaventurados dioses eternos.

El poderoso Argifonte se detuvo cerca y dijo:

—¡Perséfone de oscuras cabelleras!, el padre Zeus me manda traerte del Érebo para que tu madre te vea con sus propios ojos y deje la ira y el terrible furor contra los inmortales, pues medita una grande empresa, destruir la frágil raza de los terrícolas privando de su semilla a la tierra y haciendo perecer los honores de los inmortales. Tiene una ira terrible y no frecuenta los dioses, sino que sentada en el oloroso templo habita en la rocosa Eleusis.

Así dijo; y Perséfone saltó de júbilo y se levantó rápidamente. Pero antes él le ocultó una semilla de granada para comer, cuidándose para que no se quedase siempre abajo con la veneranda Deméter de oscuro manto. Después Plutón que manda sobre muchos enganchó los caballos inmortales al carro de oro;

ella subió al carro y el poderoso Argifonte tomó las riendas y el látigo en sus manos y guió fuera del palacio; los veloces caballos volaron de buen grado. Entonces cubrió toda la tierra en un solo día; y la hija de Cronos de frondosa guirnalda llegó a su destino, esto es, junto a su madre de hermosa corona. Al verla, corrió hacia ella como una ménade por el monte de sombreado bosque. Deméter a su vez, cuando la vio, corrió hacia ella como una ménade por el monte de sombreado bosque.

Oresífona de hermoso peplo a su lado estaba, y también Deo la bien nutrida y Calíroe, de ojos brillantes, y también las hijas del magnífico Océano. Y Hécate de brillante diadema salió también a su encuentro y con amor cogió con sus manos a la hija de Deméter la sacra; y desde ese momento fue su delantera y su compañera.

Al instante el largovidente tonante Zeus envió a ellas a Rea de hermosa corona para traer a Deméter de oscuro manto entre las tribus de los dioses, y le prometió darle los honores que ella eligiese de entre los dioses inmortales; consintió que su hija residiese la tercera parte del año giratorio allá abajo, con el tenebroso Érebo, y las dos terceras partes con su madre y con los otros inmortales.

Así lo ordenó; y no desobedeció la diosa a los mensajes de Zeus. Partió velozmente de las cimas del Olimpo y llegó a la llanura de Rario, fértil en frutos antes, pero entonces sin frutos y yerta, que ocultaba el cereal blanco por los decretos de la bien torneada piernas Deméter; después reverdecería pronto, con la primavera avanzada, con sus alargadas espigas, y los ricos surcos cubrirían sus tierras de labrantíos, y los demás campos los cubriría la mies. Primero llegó a Eleusis olorosa y se encontró con las dos diosas en el templo, y a ambas saludó con cariño; Deméter de sacro corazón recibió sus mensajes. Y enseguida Rea le dijo:

—¡Ven, hija!, pues el largovidente tonante Zeus te llama para ir con las tribus de los dioses y te prometió darte los honores que eligieses de entre los

inmortales; consintió que tu hija resida la tercera parte del año giratorio allá en las sombras, y las dos terceras partes con su madre y contigo. Lo prometió con asentimiento de su cabeza. Ea, pues, hija mía, obedece, y no tengas con exceso un corazón airado contra el negro celaje Zeus; antes bien, haz que crezca para los mortales el grano que les da la vida.

Así dijo; y no desobedeció la Deméter de hermosa corona. Luego enseguida sacó el fruto de los fértiles campos; y toda la tierra se cubrió de hojas y flores. Fue a los reyes que administran la justicia Triptólemo y Diocles, domador de caballos, y al poderoso Eumolpo y a Céleo, conductor de pueblos, y les reveló el manejo de sus sagrados oficios y estableció en todos los bellos misterios: sagradas fiestas que no puede uno traspasar ni preguntar ni divulgar, pues el gran respeto a los dioses refrena la voz. Bienaventurado entre los hombres terrestres el que ha contemplado estos misterios; mas quien es no iniciado y no ha tomado parte en ellos, no tiene jamás igual suerte aunque muerto esté bajo la húmeda sombra.

Una vez que la gloriosa diosa había terminado de establecer todo, se fueron al Olimpo, a la asamblea de los otros dioses. Allí habitan junto a Zeus que goza de los rayos, venerables y augustas. ¡Muy feliz aquel a quien benévolas de entre los hombres terrestres amen! Pues muy pronto les envían a sus queridos hogares a Pluto, que distribuye la riqueza entre los mortales hombres.

Pero ea, tú que posees el suelo de olorosa Eleusis y la Paros rodeada del ponto y la rocosa Antro, oh señora, tú que traes los presentes de las estaciones del año, señora Deméter, tú y tu hija, la muy hermosa Perséfone, conceded benignamente, a cambio de mi canto, una vida que me plazca. Y yo en todo momento me acordaré de ti y de otro canto.

Himno III — A Apolo

Voy a recordar —y no me olvidaré— a Apolo el que lanza dardos a lo lejos, el que hace temblar a los dioses cuando entra en la casa de Zeus y todos se levantan de sus asientos cuando él se aproxima y tensa su brillante arco. Sólo Leto permanece junto al tonante Zeus; entonces ella desata el arco y cierra la aljaba, y con sus propias manos cuelga el arco de su padre de un clavo de la columna de oro, y lo lleva y sienta en un asiento. Y su padre le da a beber néctar en copa de oro saludándole; luego los demás dioses toman asiento, y la venerable Leto se complace porque engendró un hijo poderoso y arquero. ¡Salve, bienaventurada Leto, pues engendraste ilustres hijos: el rey Apolo y Ártemis que ama las flechas; a ella en Ortigia y a él en la rocosa Delos, apoyada sobre el gran monte Cintio, junto a la palmera, a las orillas de las corrientes del Inopo!

¿Cómo te cantaré, aunque en todo eres digno de ser cantado? Pues en todas partes es tuyo el canto, oh Febo, tanto en el continente que cría terneros como en las islas. Todos los promontorios te son gratos y los picos de los montes elevados y los ríos que van al ponto y las ensenadas que dan al mar y los puertos marítimos. ¿Te cantaré como primeramente Leto te parió, alegría de los hombres, apoyada sobre el monte Cintio, en la rocosa isla rodeada del ponto? A un lado y otro un negro oleaje se precipitaba hacia tierra impulsado por los tempestuosos vientos; de aquella manera naciste para ser soberano sobre todos los mortales.

Cuantas tierras hay sobre la tierra, islas y puntas de tierra que se adentran en el ponto de elevados bancos, todos temblaron, y cuantos ríos van al ponto. Pero el miedo a ti les cogió también a ellos. Y cuando tú, Febo, saliste de entre las maternales caderas de Leto sobre la tierra nuridora, todos los de inmortal vida gritaron de júbilo; la gloriosa Delos se alegró toda ella, como cuando sobre

una montaña se abren las flores del bosque, alegrándose, pues tú la honraste más que todos los países.

El viejo Ceo y el poderoso Éufemo y Egas y Tifo y Énope de robustos brazos y el viejo Egeo, primero entre todos los hombres, el que tiene la isla que lleva su nombre... todos estos gozaron de tu compañía. No llevan tus tiros para venganza, sino para gracia, y su canto es hermoso.

Y tú, Febo Apolo, llegas sobre la tierra y el extenso mar y te detienes en los promontorios, mirando las islas de los hombres e inspeccionas también el terreno para construir un oráculo. Y cuando llegaste a Onquesto el hermoso bosque sagrado de Posidón, encontraste allí a un hombre que dominaba un potro indomado, pues el potro que acaba de ser uncido se agita y el hombre baja para descansar un poco de su traqueteo en el camino; y el potro arrastra el carro vacío. Si rompe un timón del bien trabajado carro, el conductor cuida el caballo y el oráculo y jura que no construirá el carro solo; así dicen el rito del santuario.

Luego de allí fuiste a Telúfusa, y allí te pareció un apacible lugar para construir tu oráculo y tus floridos prados. Y acercándote a ella le hablaste estas palabras: —Telúfusa, aquí me propongo construir un hermosísimo templo, un oráculo para los hombres, a quienes todos traerán siempre aquí hecatombes perfectas, tanto los que viven en el fértil Peloponeso como los que viven en Europa y en todas las islas batidas por el oleaje; a ellos les daré consejos infalibles, haciendo oráculos en mi rico templo.

Así dijiste; mas la Telúfusa tuvo en el pecho envidia de ti y te dirigió estas palabras:

—Febo Apolo soberano, aquí me propongo darte un consejo, ya que tú quieres construir un hermoso templo para hacer un oráculo para los hombres, que siempre traerán de todos lados hecatombes perfectas. Reflexiona sobre ello y escucha mis palabras. Te molestarán siempre el galope de rápidos caballos y el ruido de mulas que beben aquí en mi sagrado manantial; y aquí el hombre

que quiera contemplar desde un hermoso carro, más le preocuparán los caballos. Si en cambio quieres construir en Crisa, al pie del Parnaso nevado, ningún carro espléndido hará ruido, y nunca habrá el bullicio de rápidos caballos, sino que las insigne ofrendas te serán traídas por los hombres y llegarás a los que así habitan cantando muy hermosos himnos.

Así le dijo persuadiéndote; pues quería tener fama famosa en este lugar y no que el que lanza dardos a lo lejos tuviese el glorioso santuario.

Desde allí partiste a lo lejos, Oh Febo, a los hombres soberbios de los focenses, y llegaste rápidamente a Crisa, debajo del nevoso Parnaso, al declive de su vertiente que mira hacia el poniente, sobre ella hay una roca que pende desde arriba y por abajo va un barranco rugoso. Allí el soberano Febo Apolo decidió construir su hermosísimo templo y dijo:

—Aquí me propongo construir un hermosísimo templo, un oráculo para los hombres, a quienes todos traerán siempre aquí hecatombes perfectas.

Al decir esto, se dispuso a echar los cimientos, extensos y muy largos desde el principio; encima puso la cimentación de piedra Trofonio y Agamedes, hijos de Ergino, amados de los dioses inmortales. Y el pueblo innumerable de los hombres la asentó con piedras talladas, para que fuese cantada para siempre. Allí había una fuente de hermosa corriente, allí el hijo de Zeus mató con su poderoso arco a la serpiente dragona, rechoncha y grande, monstruo feroz, que hacía mucho daño a los hombres de la tierra, muchas veces a ellos y a sus rebaños de ágiles patas; pues era un sangriento azote. Ella recibió un día de la áurea Hera a Tifaón fiero, un azote para los mortales, al que la Hera parió furiosa contra el padre Zeus, cuando el Cronión parió de su propia cabeza a la gloriosa Atenea; la soberana Hera se encolerizó en seguida y dijo entre los inmortales reunidos:

—¡Escuchadme todos los dioses y todas las diosas, escuchad cómo Zeus comienza a ultrajarme sin causa, cuando me ha adoptado como esposa fiel! Ahora ha parido él solo a Atenea de brillantes ojos, que sobresale entre todos

los inmortales; mientras que mi hijo Hefesto, que nació de mí entre todos los inmortales, fue el más endeble con los pies contrahechos; yo lo cogí con mis propias manos y lo eché al vasto ponto. También lo tomó en sus manos la de pies de plata Tetis, hija de Nereo, y lo crió entre sus hermanas. ¡Ojalá hubiera hecho a los bienaventurados dioses algún otro favor! Ahora maquina, Zeus celoso, otra cosa entre los inmortales, lejos de mí. ¿Cómo me atreveré a parir, yo que me alejé de tu lecho y moré entre los bienaventurados dioses?

Y con estas palabras se golpeó la tierra con la palma de su mano vigorosa y dijo:

—¡Escúchame Tierra y el vasto Cielo por encima y los Titanes dioses que habitáis bajo la tierra alrededor del gran Tártaro, y de quienes proceden los hombres y los dioses! ¡Escuchadme todos vosotros, y dadme sin Zeus un hijo, que no sea inferior en fuerza a él, sino que sea superior al Zeus de tantos consejos, tan superior como el muy tronante Zeus es superior a Cronos!

Así dijo, y golpeó la tierra con su robusta mano. Y la tierra que da vida se agitó, y al ver Hera se alegró el corazón; pues pensó que su deseo habría de cumplirse. Y desde aquel momento y hasta que se cumpliese el año ya no entró en el lecho de Zeus astuto, ni se sentó en su labrado trono donde antes solía sentarse y hablar de sus planes astutos; sino que quedó en sus templos llenos de votos y se complacía en ellos, la Hera de hermosa corona. Cuando se cumplieron los meses y pasó el tiempo de las estaciones y los días se hicieron a medida, parió algo espantoso, que no era semejante a los dioses ni a los hombres: la feroz Tifaón azote de los mortales. Luego la Hera soberana le tomó y le dio a la serpiente dragona, y ella le recibió. Este Tifaón hacía mucho daño a las famosas tribus de los hombres. El que se encontrara con él llegaba al día fatal, hasta que el soberano Febo Apolo le disparó su poderoso dardo. Ella yacía retorciéndose en agudas ansias, respirando profundamente y revolcándose por el suelo; un clamor inmenso surgía, pero el bosque la cubría por todos lados.

El dios le dijo entonces exultante de gloria:

—Ahora, en esta tierra, putrefiéndote sobre el suelo que te da la vida; tampoco tú, que tan cruelmente dañabas a los hombres vivos, serás ya un mal azote. Antes bien, la tierra negra y el brillante Hiperión os podrán pudrir. La infeliz Tifaón no te nutrirá ya más. Sobre ti actuará la oscura Erínea y la cruel Moira. Así dijo exultante; y ella fue podrida sobre la tierra, al calor del sol, de donde viene el nombre de Pito, y el rey Apolo fue llamado Pitio, pues allí, sobre ese lugar, la fuerza del penetrante sol hizo pudrir al monstruo.

Y desde allí Febo Apolo reflexionó en su corazón sobre los hombres que le servirían. Mirando luego desde Pito sobre el vasto mar vio una velera nave: iban en ella muchos y buenos hombres, cretenses de Cnosos, ciudad de Minos, que para el soberano hacían sacrificios e informaban sobre los decretos que Febo Apolo manifiesta a los hombres con la dorada varilla del laurel. Febo Apolo fue a ellos por el ponto como un delfín y se posó sobre la velera nave, un monstruo grande y terrible, y ninguno de ellos puso atención en ello ni en reflexionarlo en su corazón, sino que intentaron arrojar al delfín al ponto; pero él se agitaba y sacudía las maderas oscuras de la nave; ellos se sentaron silenciosos de miedo sobre la nave y no soltaron las amarras por toda la nave oscura, ni arriaron la vela de la oscura nave de proa, sino que, tal y como estaba con la vela de cuero, navegaron. Entonces el viento del sur perseguía velozmente desde detrás a la nave de proa rápida. Primero doblaron la punta del Maleo y luego bordearon la costa laconia hasta que llegaron a Taito —que el potente Helios ama, donde los veloces caballos se detienen— y a la ciudad que allí está en la costa.

Allí el gran Febo Apolo los enseñó e hizo que el Noto soplara fuertemente atrás de la nave de popa rápida. Y ellos llegaron de nuevo al vasto oleaje del mar y navegaron a lo largo de una tierra muy fértil. Entonces el dios del arco de plata, el que lanza dardos a lo lejos, se apareció a ellos saltando desde el mar a la nave velera con rapidez al modo de una estrella en pleno día, cuando en el

cielo las chispas brillan más allá; de allí saltó al mar y corrió sobre las olas hacia el ancho oriente. Subió luego a la nave de popa rápida; él mismo se sentó al timón y los envió a Pito. Y al punto comenzó la aurora a brillar sobre la tierra. El delfín los llevó a través de las olas del mar a la honda orilla de Crisa.

Así fondearon en la arena, donde el delfín saltó del mar a la tierra, igual que una estrella; y Febo Apolo subió al templo ungiendo su corazón. Y dijo:

—¡Salve, mortales, todos: que mucho os cuidéis de faltarme en los sacrificios! ¿Acaso pensáis en vuestro corazón torcidamente sobre mí? Ya me habéis obedecido en el vasto ponto; a partir de ahora sabed que yo soy vuestro soberano, Febo Apolo. El recinto de este templo es sagrado, y las ofrendas abundantes estarán en él, y todos los hombres le traerán hecatombes a mí, que habito en Pito, en el nevoso Parnaso. Si algún hombre viene a informarse sobre su destino, traed la hecatombe a mi hermoso templo y venid a mí, a que mi espíritu os dé una respuesta fiel.

Y los cretenses le respondieron:

—¡Oh soberano, pues tienes aspecto y el cuerpo de un inmortal: cómo daremos nosotros gusto a los hombres con quienes nos hemos juntado? ¿Cómo viviremos, pues no sabemos el trabajo de la tierra, ni tenemos viñas, ni labramos la tierra?

Apolo sonrió y les dijo:

—¡Oh insensatos! ¡Cuán ansiosos de fatigas, cuán deseosos de penalidades y miserias! Os digo una cosa fácil y os la mando guardar en vuestra mente. Cada uno de vosotros, con el cuchillo en la mano derecha, sacrificad ovejas, que os procurará mucha abundancia el que os dé tierra fértil. Cuidaréis de mi templo, que tendrá honra entre todos los hombres, y os daré riquezas perpetuamente. Obedeced y todo irá bien.

Así les habló Apolo, y ellos pusieron atención y obedecieron. Primero llegaron al monte Parnaso y al hermoso recinto de Febo Apolo.

Himno IV — A Hermes

Canta, ¡oh Musa!, a Hermes, el hijo de Zeus y Maya, soberano de Cilene y del Arcadia rica en rebaños, mensajero de los inmortales de suerte propicia, al que Maya parió, la de bello pelo, ninfa venerable, en unión de Zeus, una vez que eludió a los bienaventurados dioses en un antro de profunda sombra sobre el Cilene augusto.

No era el momento en que la tribu de los felices dioses se reuniera, ni tampoco en que los mortales de corta vida supieran de ella; sino que la hija del portentoso Atlas dormía en el profundo antro con el Cronión de poderoso brazo; el dulce sueño la tenía a ella, la de bello pelo, mientras el tronante Zeus tenía trato de amor con la ninfa en la oscura noche. Cuando la mente del poderoso Zeus logró su ansia —en el décimo mes los rayos del sol señalaron el destino— la ninfa parió un hijo ilustre. Tal era Hermes el artero e ingenioso, ladrón de vacas, guía de sueños, espíador en la noche, guardaportales, que pronto había de revelar hechos ilustres entre los dioses inmortales.

Nacido al amanecer en la mañana, al mediodía tañía la cítara, y en la tarde robó las vacas al Apolo que lanza dardos a lo lejos; el cuarto día desde el comienzo en que la venerable Maya le parió.

No más hubo salido del venerable seno de su madre cuando ya no se detuvo en la sagrada cuna; saltó y fue a buscar las vacas de Apolo; cuando las hubo cruzado el umbral de la gruta alta de bóveda halló una tortuga y obtuvo un placer sin fin; pues Hermes fue el primero en hacer de la tortuga un cantor. La tortuga avanzaba ante sus puertas, comiendo el abundante pasto delante de la morada, andando despacio, arrastrando sus curvados pies. El hijo bienaventurado de Zeus la miró y se rió, y dijo inmediatamente: —¡Presagio dichoso ya mismo, no lo despreciaré! Salve, compañera del banquete de la danza de salud, preciosa forma. ¡Dónde cogiste ese bello juguete,

ese vistoso escudo, morando en los montes? Lo llevaré adentro: me será de provecho, y no te deshonraré. Tú podrás servirme primero; es mejor que estés adentro; pues si estás fuera, daño podrías recibir. Vivo eres antídoto del hechizo funesto; si murieras serías un cantor excelente.

Así dijo, y la tomó con ambas manos, y volvió hacia adentro llevando su delicioso juguete. La vació y la torció con una gubia de hierro la vida de la fea montesa tortuga. Igual que un rápido pensamiento lleva a un hombre que muy aprisa en ideas vuela, y con él circula a través de muchas ciudades, así el ilustre Hermes pensó y obró a la vez. Cortó cañas de palmito en medida conveniente y las pegó pasando a través del dorso de la tortuga; y extendió hábilmente la piel de un buey con su propio genio, y puso los brazos, y por encima una varilla a través y siete cuerdas de tripa de oveja acordadas sujetó en lo alto.

Cuando lo hubo fabricado, levantó el hermoso juguete y lo probó con el plectro, y sonó divinamente bajo la mano. El dios cantó con él hermosas canciones improvisando, así como los jóvenes en los festines mezclan canciones, disparatando de la divinidad de Zeus y Maya de hermosas sandalias, cómo antes se pasaban el tiempo en el amor agradable, y cantó su propia gloriosa descendencia, y nombró a las sirvientas de la ninfa y sus espléndidas moradas y los trípodes y las marmitas llenas que tenía en la casa, y cantó estas cosas, y lo miraba el ánimo; y ardía en el pecho del corazón por codiciar la hazaña.

Luego él la puso en la sagrada cuna, y se fue arrebatado por la gula de carne, hacia el monte con olores de laurel, mirando donde llevar a cabo sus obras. El sol de antorcha de fuego se sumergía bajo la tierra hacia el océano con sus caballos y su carro; Hermes llegó veloz a las umbrosas montañas de Pieria, donde tenían su establo las vacas inmortales, los que de los bienaventurados dioses son nutridos por los establos prados. Y el hijo feliz de Maya, el celoso espiador, contó quinientas vacas de rugido fuerte; las condujo a través del arenoso desierto, e hizo que sus huellas fuesen confusas, dando vuelta a los

cascos, trasponiendo los de detrás a los de delante y los de delante a los de detrás, mientras él mismo andaba al revés. Pronto trenzó las sandalias con ramas de mirto y tamarisco florido, atando juntos los recientes ramos, y las amarró a sus pies, el follaje y todo, a manera de calzado para el camino, con el fin de que sus huellas fuesen extrañas, que el venerable Apolo se maravillaría al ver los rastros; a través de la arena del mar las conducía, maravillosas de ver, señales de grandes pies, como si fueran pasos de hombres gigantes.

Pasadas de largo las arenosas orillas, entró pronto en los prados de alta hierba, las vacas de casco duro en que el Hermes se distinguía de los inmortales.

Encendió fuego frotando dos palitos uno contra otro; tomó una hoja de laurel magnificante y la desgajó; un cálido hálito la encendió, y una llama inextinguible consumió mucha leña.

Preparó entonces y organizó el Argicida poderoso cuanto era menester: sacó del hato dos grandes vacas de cuernos doblados y las tumbó jadeantes a tierra. Trabajó encorvado con los brazos fortísimos; las empujó boca arriba y cortó las venas del cuello al par que penetraba en ellas su trabajo de aliento vital. Y allí realizó hazaña tras hazaña: cortó la gloriosa carne y sacó de ella el pingüe sebo en asadores de madera; puso en tierra la carne, el lomo e incluso la noble tripa llena de sangre negra; todo dispuesto en fila. Tendió las pieles sobre una roca de dura superficie. Todavía hoy por hoy las puedes ver allí, aunque ha transcurrido mucho tiempo; luego Hermes contento de su obra puso la grasa en el suelo de piedra llana.

Dividió el resto en doce partes y distribuyó completamente el honor. Después añoró a las sagradas porciones; pues el dulce olor le agitaba las entrañas aun siendo inmortal; pero no cedió al deseo de su corazón, por venerable que fuera; lo guardó en la sagrada tripa, aunque ardía con deseos de comer. Llevó la grasa y las tajadas a la sala de bóveda alta, y al punto recogió leña y las dejó allí quemarse. Luego las cenizas borró con sus pies todas sobre la orilla negra al calor de Selene durante la sagrada noche.

Regresó luego al Cilene, a los picos del sagrado monte, y no encontró a nadie de los bienaventurados ni de los mortales en su largo camino; ningún perro tampoco le ladró. Hermes el Argicida, descendiente del beato Zeus, torció el cuerpo y entró por la cerradura de la sala, como brisa de otoño o como niebla, directamente al interior del antro.

Entrando directamente al opulento antro, pisó despacito, sin hacer ruido alguno, sin pasar por el suelo, hasta la sagrada cuna; entonces se tapó con los pañales como un recién nacido, guardando entre sus manos su querida tortuga y el paño sobre sus rodillas.

Pero el dios no engañó a su amada madre; pues ella le dijo:

—¿Qué ardid es ese, marrullero, dónde has estado de noche? Ahora mismo veo que eres incorregible y que vendrás del Leteo con tus manos apretadas. Ahora ve adentro; tu padre al engendraros ha creado en vosotros grandes lazos de penas.

Y Hermes le respondió con arteras palabras:

—Madre, ¿por qué esperas asustarme con esto, cual si fuera un niño pequeño sin entendimiento, y un niño que tiene muy poco conocimiento de su madre y que se va a asustar a sí mismo? Me voy a llevar el oficio más ventajoso que hay entre los inmortales, cuidándome de ti y de mí perpetuamente; y no toleraremos quedarnos aquí los dos solos, al margen de los dioses inmortales, sin ofrendas y sin plegarias, como me dices que quieres. Mejor es estar siempre con los inmortales, ricos y prósperos y repletos de cosechas, que morar en el sombrío antro. En cuanto a honra, participaré del mismo honor que el Apolo. Nacido al amanecer, a mediodía tañía la cítara y en la tarde robó las vacas al Apolo que lanza dardos a lo lejos.

Entretanto el rey Apolo de plata fue al santuario oloroso de Pieria, donde las divinas vacas de larga vida estaban sin labrar y sin tocar en el prado florido. Y vio que estaban perdidas cincuenta de las que gozaban de la labor de pastar. Regresó al Apolo el que va muy lejos, y fue yendo veloz sobre la misma tierra,

de donde vio el sueño del alba. Al punto fue al valle de Onquesto umbroso. Encontró allí a un anciano que apacentaba un rebaño junto al camino, y le dijo el soberano Febo Apolo en primer lugar:

—Anciano tú, que allí siegas la espesura en el campo florido, yo vine a Pieria buscando mis vacas, todas vacas hembras, de cuernos retorcidos; el negro toro pastaba solo, aparte del rebaño, y cuatro perros de ojos centelleantes las seguían, de una voluntad, como si fueran hombres. Me dejaron estos atrás —maravilla enorme— y las vacas también, puesto que el sol se ponía. Dime, anciano nacido antes de mucho tiempo: ¿has visto aquí a algún hombre que guiara esas vacas?

Habló el anciano y le respondió:

—Amigo, es difícil decir todo lo que han visto los ojos; pues muchos viajeros pasan por aquí; muchos van de un lado a otro, y algunos buscan el bien y otros el mal. Es difícil discernirlos a todos. Sin embargo, yo me pasé toda la sagrada jornada hasta que el sol se puso excavando mi viña de montaña; y me parece, más no puedo asegurarlo, que vi a un niño —¿quién puede decirlo?— acompañando a las cornudas vacas, un niño tierno que llevaba una vara y andaba de lado a lado; las llevaba al revés.

Así habló el anciano; y el Apolo escuchó y fue veloz. Y vio un pájaro de largas alas y al punto reconoció que el ladrón era el hijo del Zeus Cronión; el soberano Febo Apolo vino aprisa a la sagrada Pilos en busca de las vacas de paso lento. El de ancho quepis lo vio acercarse en busca de sus vacas, y se encogió en sus mantas de olores fuertes; como un niño en el seno del fuego que apaga la llama de ardientes carbones, así Hermes se escondió en sí mismo. El señor Apolo de mano eficaz se aproximó sin quedar engañado, y dijo:

—¡Criatura!, dime dónde están mis vacas, que prontamente te diré y de verdad. No faltarán los honores divinos que se te tienen decretados; pues vas a ser señalado como jefe de los ladrones y de quienes roban el ganado que pace por el campo. No más. Desvélos.

Y Hermes le respondió con arteras palabras:

—¡Apolo!, ¿con qué enojo me buscas? ¿Has venido a por vacas que pastan en el campo? No vi nada, no sé nada; no oí nada de ninguno; ni te puedo decir la verdad. No soy yo ladrón de vacas, ni fuerte hombre, pues otro trabajo el mío es: yo me cuido del sueño, de la leche materna, de envolverme en los pañales del hombro y de calentarme al baño. No me armes pleito de esto: te causaría gran asombro ante los inmortales, que Zeus Cronión haya engendrado un hijo como yo que para robarte vacas se va del antro paterno, cosa absurda. Soy de ayer; mis pies delicados, mi tierra abajo se halla dura. ¡Pero si quieres, juraré por la cabeza de mi padre!: ni soy culpable yo, ni he visto a ningún otro ladrón de tus vacas; vacas, lo que se dice vacas, ¿qué son, pues, vacas? Lo he oído decir.

Así habló; y cuando el brillante Apolo escuchó esto, lo asió y lleváronse a tierra el uno al otro. La mente del ilustre Hermes pensaba que mientras Apolo cogiera las mantas amarillas de los pañales no podría hacerle nada; y fácilmente las retenía, y apenas el brillante Hermes menguaba los dos pies, Apolo en seguida en pie se puso. Entonces el uno al otro se miraron frente a frente; Hermes se dispuso a cumplir una petición de gracia; mirando su noble frente, puso en la mano de Apolo la tortuga, que él no podía rehusar. Tomó Apolo la cítara y probó con cada una de las cuerdas. Esta tocando sonó divinamente bajo la mano del dios, y la enseñó al Argifonte; y el tiempo fue largo; allí le cantó.

Apolo ya se alegró; para siempre ha quedado: te tendré por amigo; te daré la varilla de oro de la felicidad y de la riqueza, el báculo de tres hojas de doradas frondas, que todo lo guía, dice el dios, que es mensajero de los inmortales y el único que ha podido ponerse de acuerdo con la Moira sobre lo que le está decretado a los mortales e inmortales.

—En lo demás, hijo de Zeus y Maya, no te lo prometo: que sepas sobre futuros. Eso va a quedar bien guardado en el antro sagrado del inmortal, para

que puedan servirse y beneficiarse los numerosos hombres; pero si quieres, también yo te comunicaré el arte que me enseñaron las divinas hermanas con alas libres.

Y Hermes se alegró, tomó la brillante varilla y la usó como mensajero de los dioses, y desde ese momento fue el del báculo de oro entre los inmortales.

Himno V — A Afrodita

Cántame, oh Musa, las obras de Afrodita, la de áureo diadema, que excita el dulce deseo entre los dioses y vence a las razas de los hombres mortales y las aves que vuelan por el cielo, y a todos los animales que la tierra nutre en abundancia y los que el ponto nutre: a todos les importan las obras de la bien coronada Citerea.

Pero hay tres corazones que ella no puede persuadir ni engañar: el de la hija de Zeus porta-égida, la Atenea de brillantes ojos; a ella no le agradan las obras de la Afrodita áurea, sino que le agradan las guerras y las obras de Ares, las batallas y las luchas y las obras ilustres del tiempo; ella fue la primera en enseñar a los artesanos de la tierra a fabricar carruajes y los carros con bronce trabajado; ella también enseñó a las doncellas de suave piel los bellos trabajos caseros, poniendo en su mente a cada una.

No dobla tampoco a Ártemis sonora de áureos dardos: pues a ella le placen el arco y la caza de animales por los montes, la cítara y la danza y los agudos alaridos y los umbrosos bosques y las ciudades de los hombres justos.

Tampoco le agrada a la virgen respetada Hestia, a quien el primero en nacer, el astuto Cronos, parió, y luego el más reciente y poderoso Zeus, y que Posidón quiso tomar por esposa y también Apolo, y ella no quiso sino que rechazó firmemente; y tocando la cabeza del padre Zeus que lleva la égida, juró el gran juramento que ha de cumplirse: que ella permanecería virgen eternamente. Y el padre Zeus le dio un bello honor en vez del matrimonio: sentarse en el centro del palacio y recibir la mejor parte de las ofrendas; ella va honrada entre todos los inmortales.

A todos estos tres corazones no puede persuadir ni engañar; pero de los demás nadie escapa a Afrodita, ni de los bienaventurados dioses ni de los hombres mortales. Ni siquiera el espíritu de Zeus que se goza con el rayo

ella engaña y doblega; él que es el mayor honor y la mayor dignidad: hasta su corazón soberano ella engaña cuando quiere y fácilmente lo une a las mujeres mortales sin que Hera lo sepa, Hera de hermoso aspecto, que es entre todos los inmortales la más excelsa en la hermosura, y la madre más ilustre fue la que parió a Zeus gran rey.

Pues Zeus, que medita los pensamientos inmortales, la dejó caer a ella en el amor del mortal Anquises, que pastoreaba el ganado en los montes de Ida y tenía entonces el aspecto de los dioses inmortales. Cuando la Afrodita que ama la risa lo vio, lo amó, y un fuerte deseo le embargó el corazón. Partió para Chipre y llegó al aromático templo de la fragante Pafos, donde su recinto y su altar perfumado de incienso, y luego de entrar cerró las relucientes puertas, y allí las Gracias la lavaron y la ungieron con aceite inmortal, con ese aceite de suave perfume que perennemente envuelve a los dioses que viven para siempre. Después que la hubieron vestido bien a su cuerpo con indumentaria hermosa, la Afrodita que ama la risa llegó a Troya, dejando Chipre, sin apresurarse, en lo alto de las nubes.

Llegó al Ida de las muchas fuentes, madre de animales salvajes, y fue derecha por los montes hasta el establo. Con ella iban grises lobos que le hacían zalemas, y leones de mirada centelleante y osos y pardas panteras gacelas voraces; ella se alegraba viéndoles y puso deseo en sus pechos; y ya se unieron de dos en dos en sus sombrías guaridas. Ella se fue a los bien contruidos establos, y encontró al héroe Anquises, que tenía el aspecto divino, solo, lejos de los demás, que andaban por el rico pasto. Todos los demás iban por el rico herbazal y subían por las cumbres de los montes; él solo estaba en los bien contruidos establos y tocaba la citara melodiosa y deleitosa.

La hija de Zeus, Afrodita, se detuvo delante de él; y tenía el tamaño y la forma de una virgen, para que no se asustase al verla con los ojos. Anquises la vio y se paró en ella, y se maravilló de su aspecto y de su altura y de su traje reluciente; pues llevaba un vestido más brillante que el fuego, pendientes retorcidos y

collares de flores sobre su cuello tierno, hermoso pecho. Eran los suyos unos adornos de oro, todos brillantes como la luna que brilla en el pecho de la Afrodita bien coronada; asombro fue para los ojos.

Y Anquises la amó y le dijo con estas palabras:

—Salve, soberana, quienquiera que seas entre las bienaventuradas, Ártemis o Leto o la áurea Afrodita o la bien nacida Temis o la Atenea de brillantes ojos, o quizás una de las Gracias, que acompañan a los dioses y son llamadas inmortales, o alguna ninfa que habite la hermosa arboleda o alguna ninfa de este monte.

Y la Afrodita hija de Zeus le respondió:

—Anquises, el más ilustre de los hombres de la tierra, no soy ninguna diosa; ¿por qué me comparas a las inmortales? Soy una mortal, mi madre fue una mujer humana. Mi padre es el ilustre Otreo, cuyo nombre sin duda conoces, que reina sobre toda la rica Frigia. Y yo conozco la lengua tuya y la mía, pues desde niña me enseñó mi nodriza que era troyano, pues ella vino de allí con mi madre. Por eso conozco vuestra lengua bien. Y ahora Hermes el Argicida me ha arrebatado de entre las doncellas del sonoro coro de Ártemis la de dardo de oro. Hubo muchas de nosotras jugando. Toda una muchedumbre rodeaba el coro. De allí el Argicida de varilla de oro me arrebató, y mucho espacio me llevó a través de los campos cultivados por los hombres y de muchos otros terrenos, sin cultivar, desiertos, por donde los animales voraces corren por sus sombrías madrigueras; y me decía que con Anquises, el siervo de los dioses inmortales, yo compartiría el lecho.

Así ella habló con engaño, y Anquises la amó y le dijo:

—Si eres mortal y fue mujer humana tu madre, e ilustre Otreo es tu padre, como dices, y el inmortal mensajero Hermes te trajo, entonces siempre se te llamará mi esposa; ningún dios ni mortal hombre me lo impedirá antes de que en el lecho de amor me una contigo en seguida; aunque el arquero Apolo

mismo disparase sus dardos de plata sobre mí. A ti, oh mujer como las diosas, quisiera yacer en tu lecho, de buena gana ahora mismo.

Así dijo, y le tomó la mano; la Afrodita que ama la risa se volvió de cara y en seguida bajó los bellos ojos al suelo de ojos brillantes y se fue hacia el lecho cubierto de bellas mantas, que ya estaba preparado para el soberano con un delicioso cobertor; encima había pieles de osos y de leones que rugían fuerte que Anquises mismo mató en los montes. Cuando subieron los dos al bien labrado lecho, él primero quitó de su cuerpo los brillantes ornamentos, las fíbulas y los pendientes retorcidos y las flores; y desató el ceñidor de su cintura y quitó la bella ropa y la puso sobre un asiento de plata. Y Anquises por gracia de los dioses y el destino la unió a la diosa inmortal, sin saberlo él, el mortal, el que iba a vivir con las diosas inmortal.

Pero cuando el pastor y boyero volvió de la llanura al ocaso, la Afrodita vertió un dulce sueño sobre Anquises, se vistió bien con sus hermosas ropas y, ya que se tuvo bien vestida, la venerable diosa se puso en pie junto al lecho, cuya cabecera tocaba el bien labrado tejado. Su mejilla tenía el brillo de la luna inmortal: bello aspecto, la forma de cuerpo más que mortal. Lo despertó del sueño y le habló con estas palabras:

—Levántate, Anquises; ¿por qué duermes tan profundo? Y fíjate si me parezco a lo que era cuando me viste por primera vez con tus ojos.

Así dijo; y él se despertó del sueño muy veloz y al verla se asustó; la miró con los ojos. Y luego volvió sus ojos y miró a otro lado y la cubrió el rostro con la capa y la rogó con estas aladas palabras:

—Desde el momento que te vi con mis ojos, diosa, bien reconocí que eras una diosa; pero tú no me dijiste la verdad. Mas te conjuro por Zeus que lleva la égida, no me dejes vivir sin fuerza entre los hombres, sino ten compasión de mí, pues no tienen vigor el hombre que se une en amor a las inmortales.

Le respondió la hija de Zeus, Afrodita:

—Anquises, el más ilustre de los hombres mortales, ten buen ánimo, no tengas un temor excesivo en el corazón. No tienes que tener ningún daño mío ni de ninguno de los otros bienaventurados; pues en verdad eres amado de los dioses. Te nacerá un hijo querido que reinará entre los troyanos, y a su descendencia serán dados hijos constantemente; su nombre será Eneas, porque me sobrevino un angustioso dolor por haberme metido en el lecho de un hombre mortal. Pero en cuanto al género humano, los que se acercan más a los dioses en su aspecto y su sabiduría son de tu raza y de la del divinísimo Ganimedes.

Así dijo; y ella se fue al vasto cielo sobre el viento. Salve, diosa, tú que tienes Chipre, muy perfumada; que habiendo comenzado yo contigo, ahora pasaré al otro canto.

Himno VI — A Afrodita (breve)

A la Citerea respetada comienzo a cantar, a la que da suaves dones a los mortales, que tiene los cuidados del placentero sonriente monte Olimpo, que admira a los inmortales y domina a las tribus de los hombres. Salve, diosa, que posees a la bien construida Salamina y a la que mira el ponto toda Chipre; dame un canto delicioso; y yo me acordaré de ti y de otro canto.

Himno VII — A Dioniso

Recordaré al hijo de Semele, de áureo lanzador, cómo aparecía en la orilla del mar estéril, semejante a un joven en la flor de su edad, sobre su cabeza oscura flotaba hermoso cabello, en sus anchos hombros un manto de púrpura.

Pronto de una nave de bien bancos llegaron marineros, rápidos a través del vino color de mar, hombres tirrenos; un fatal destino los condujo.

Viéronle y se hicieron señas unos a otros, saltaron en tierra, le cogieron enseguida y le instalaron en su nave, regocijándose en el corazón; pues pensaban que era el hijo de reyes de los que Zeus sustenta, y quisieron atarle con pesadas cadenas. Mas no le retenían las cadenas: lejos de sus manos las ataduras caían, el vino tinto brillaba, lejos de manos y pies; y él sonreía con sus oscuros ojos.

El timón vio todo y al momento gritó a sus compañeros:

—¡Insensatos!, ¿a quién habéis atado en la nave rápida, a qué fuerte hombre? Ni la bien construida nave le aguanta; pues este es Zeus o Apolo el de la plata o Posidón: no se parece a los mortales hombres sino a los dioses que tienen el Olimpo. Ea, déjale en tierra oscura pronto; no le toques, no sea que se encolerice y provoque vientos fuertes y tormentas grandes.

Así habló; pero el capitán le reprendió con las más duras palabras:

—¡Loco!, fíjate en el viento propicio; iza todas las velas de la nave e iza todo el aparejo. Éste lo cuidaremos nosotros: espero que llegue a Egipto o a Chipre o a los hiperbóreos o más allá; que a la postre ya nos dirá dónde están sus amigos y sus haberes, y lo que tiene. Pues un dios le envió a nosotros.

Dicho esto, pusieron el mástil y las velas de la nave. El viento hinchó las velas en medio y tensos quedaron los cables a los dos lados; pero entonces aparecieron maravillas ante ellos. Primero corría el suave vino abundante olor en la nave de oscura proa, y se elevó el aroma divino; los marineros quedaron maravillados al verlo. Luego se extendió una parra hacia lo alto de la vela,

en la que colgaban muchos racimos; el negro yedra se enredaba en el mástil, florecía bellísima, y con los frutos hermosos. Todos los clavos del timón tenían guirnaldas. Al ver esto gritaron al piloto que virase a tierra. Pero el dios se convirtió ya en un terrible e indómito león en la proa de la nave, rugiendo fuertemente, y en medio de la nave por obra del mismo dios apareció una osa de cuello velludo, haciendo extrañas señas; el oso se puso de pie rugiendo, y el león miraba feroz desde el extremo de la nave. Huyeron todos al piloto, con sensatez; rodearon al piloto de mente sensata y se pararon. El dios saltó luego sobre el capitán de rugido terrible y lo tomó; ellos todos al ver esto saltaron al divino mar huyendo del terrible daño y se volvieron delfines. Mas al timonel tuvo piedad y lo retuvo y lo hizo muy feliz:

—¡Ten ánimo!, piloto divino, que eres de mi agrado; soy el estrepitoso Dioniso que parió la madre Sémele de Zeus en unión de amor.

Salve, hijo de la hermosa Sémele; imposible es que el que te olvide teja dulce canto.

Himno VIII — A Ares

Ares, el más fuerte, el portador del carro pesado, el de casco de oro, el de ánimo inquebrantable, el escudo de las ciudades, el de armadura de bronce, el de brazo poderoso, el incansable, el terrible paladín de los olímpicos, padre de la bella Victoria, apoyo de Temis, el terror de los enemigos, el guía de los hombres más justos, el cetro de la virilidad, el que hace girar el torbellino ígneo entre los astros a través de los siete trayectos del éter donde los veloces corceles te tienen siempre en ardiente tercera esfera:

¡Escúchame!, dador de la intrépida juventud; vierte desde arriba tu dulce brillo sobre mi vida y tu vigor marcial, para que yo aleje de mi cabeza la cobardía amarga y doblegue el engañoso impulso de mi ánimo, y refrene el furioso ardor de mi corazón cuando me incite a entrar en la fría lucha; mas tú, bienaventurado, dame valor para permanecer dentro de los seguros límites de la paz, huyendo de la pelea con los enemigos y del inminente peligro.

Himno XIX — A Pan

Canta, ¡oh Musa!, al amado hijo de Hermes, el de pies de cabra, el de dos cuernos, el amante del alboroto, que reina sobre los prados que están en el bosque y los picos nevados y los senderos pedregosos. Va aquí y allá por los espesos matorrales, atraído unas veces a la suave corriente de las aguas, otras veces a través de los peñascos rocosos, subiendo al punto más alto desde donde el ganado se avista; asciende a los picachos que miran al mar y va por todas las praderas de los cuales han nacido muy abundantes flores olorosas. Va a menudo de noche a través de blancos montes, persiguiendo a los animales, tocando su melódica siringe dulce música, que no supera el pájaro que sobre las flores primaverales vierte sus melodías de miel y llora con triste voz su llanto.

Con él las ninfas de los montes y los pies veloces van y van bailando junto a las fuentes tenebrosas, y al entrechocar de pies retumban los sonidos del baile; el eco resuena en la cima del monte. El dios ya corre por aquí, ya por allá, se mezcla entre ellas a veces también en la danza, con su cuerpo variado, unas veces meneándose rápidamente con sus pies veloces, otras veces relajado en el blando vellón de un zorro, que es el símbolo de las llanuras de los prados.

Lleva guirnalda de juncos en sus cabezas abundantes; pues muchas veces va a los pastizales lejanos y regresa al anochecer tocando la dulce melodía de su siringe, y no le vence el pájaro que vierte en las flores primaverales sus melodías de miel gemebundas; con ellas también las melodiosas ninfas de la montaña y ágil pie cantan, y el sonido del eco retumba en la cima del monte.

Entonces entre ellas la de más triste voz empieza, y a ella se le unen luego en respuesta las otras ninfas, cantando un canto que va de arriba a abajo. Luego el dios, bello e inmortal, se va jugando de aquí para allá.

Su madre fue una hija de Dríope; empero el padre de los dioses e inmortales se alegró en el corazón. ¡Salve, señor!, te aplaco con un canto de cabra.

Himno XXXIII — A los Dioscuros

Cantad a los Dioscuros, ¡oh Musa de voz dulce!, los hijos de la Tindárida, de Leda, la del tobillo hermoso, Cástor el domador de caballos y el irreprochable Polideuces. Cuando los parió bajo las cimas del gran Taigeto, los parió a los dos la esposa de Tindáreo, dueña de las oscuras nubes, y les dio a los que navegan gran honor; pues cuando se desencadenan las tormentas del helado invierno en el implacable mar, invocando con súplicas a los hijos del grande Zeus y sacrificando blancos corderos al borde de la popa y al proel, en alas del gran viento y del oleaje del mar les hunde el negro barco; y de pronto aparecen ellos al través del éter amarillo corriendo con sus alas rápidas, e inmediatamente hacen cesar los vientos tempestuosos y borrascos, y apagan las olas del mar blanco, en presagios benignos de los trabajos. Al verles los navegantes se alegran y cesan de sus penosas fatigas.

¡Salve, Tindáridas, los de veloces potros! Y yo me acordaré de vosotros y de otro canto.

«Himnos homéricos», -700

Homero

Obra de dominio público.

Edición digital de literatura.ar,

libre de leer, copiar y compartir.

<https://literatura.ar/autor/homero/obra/himnos-homericos>